



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 36—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 SETIEMBRE 1878. | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

1.ª EDICION.— DE LUJO Ó COMPLETA.

Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.
Seis meses... 15,50 >	Seis meses... 18,50 >
Tres meses... 8,00 >	Tres meses... 9,50 >
Un mes... 3,00 >	

2.ª EDICION.—ECONÓMICA.

Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.
Seis meses... 9,50 >	Seis meses... 11,50 >
Tres meses... 5,00 >	Tres meses... 6,00 >
Un mes... 2,00 >	

3.ª EDICION.

ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.

MADRID Y PROVINCIAS.
Un año... 13,00 pesetas.
Seis meses... 7,00 >
Tres meses... 3,50 >

4.ª EDICION.— ESPECIAL PARA MODISTAS.

Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 14,50 >	Seis meses... 15,50 >
Tres meses... 7,00 >	Tres meses... 8,00 >
Un mes... 2,50 >	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demas puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en las provincias de España. Agentes generales. — En la REPÚBLICA ARGENTINA y en la del URUGUAY D. Federico Real y Prado. — En la de CHILE D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados.—Traje con túnica lavandera.—Vestido de dos telas.—Vestido con paletot ajustado.—Vestido con manteleta guarnecida de plisés.—Manteleta para señora de edad.—haleco y chaqueta para niño.—Cofia de mañana.—Lazo de corbata de muselina, encaje y cinta.—Cuello de encaje irlandés.—Cuello de crochet y trenilla.—Cuellos y puños para hombre.—Dos corbatas para hombre.—Dos entredoses bordados en tul.—Angulo para tapete bordado a la cruz.—Almohadon de madrás bordado.—Vide-poches de tocador.—Cenefa de crochet para colcha.—Canastillero cubierto de encaje irlandés.—Canastilla pouf para la labor.—LITRERA URA: Elegia, por Gaspar Bono Serrano.—Un rasgo caballeresco.—Recuerdos de Dinamarca, por Alberto C. de Ramsaals.—En el castigo va la culpa, por Salvador Maria de Fábregues.—Estudios de higiene, por el doctor Lopez de la Vega.—Variedades.—Explicacion del figurin. 1.330

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 4. TRAJES DE MODA.

1. *Vestido con túnica lavandera.*—Es delana á rayas y lisa, y consiste en una falda plegada á tablas en toda su longitud, una drapería atravesada de la tela á rayas, y cuerpo de la tela lisa, cuyas aldetas se ocultan bajo la drapería. La falda se pliega sobre un forro de muselina gruesa que le sirve de refuerzo, y á la cual van apuntadas las tablas. El forro descende hasta 20 cents. de distancia del bajo, quedando las tablas libres sobre esta altura. La drapería se corta al biés y es de 65 cents. de ancho por detrás, en donde, encontrándose las dos puntas, forman un lazo cuyos paños cruzan y caen sobre la falda, teniendo 70 centímetros de largo. Las mangas son de la tela á rayas, como asimismo puede serlo el cuello.

2. *Traje con túnica de moda.*—(Patron de la túnica: pliego del 18 por el derecho, núm. XII, fig. 34.)

La graciosa combinacion del vestido consiste en lana ligera y seda de color oscuro. El croquis, fig. 34 del pliego del 18, da las indicaciones y las medidas exactas para cortar la túnica. Los delanteros con los costadillos corresponden entre sí con cruces y puntos. Van fruncidos sobre 103 cents., drapeados de un costado por un re-

cogido de 40 cents. de profundidad, y del otro por cuatro pliegues unidos á la parte de atrás en todo su largo.

Bieses de seda de 10 cents. de ancho, un fleco de 2 centímetros y lazos de cinta de reps, dispuestos segun indica el modelo, juntamente con un cuello marinero, completan el adorno de la túnica. La falda lleva en el bajo un volante.

3. *Vestido con paletot ajustado.*—Todo el traje es de belga de un color. El paño de delante de la túnica, cortado sobre 26 cents. de largo, se parte en direccion oblicua: la parte lisa (encima) se monta á la segunda parte fruncida, bajo el adorno de bieses y botones. El paño de atrás al hilo, de 117 cents. de largo, se frunce y se

cose á los dos lados pegados de delante. El paletot, el bajo de la túnica y la falda, van guarnecidos con bieses respunteados á la máquina.

4. *Vestido con túnica y manteleta.*—(Patron de la túnica, pliego del 18 por el derecho, núm. XI, fig. 33.) El traje es de mohair marron, adornado con cintas de raso de color más claro, de 2 cents. de ancho. La falda, redonda, lleva por abajo un alto volante plisé, sobre el cual van cosidas dos cintas á 3 cents. de distancia la una de la otra. La túnica se cortará fácilmente con ayuda del croquis que se halla en el pliego del 18, fig. 33. El paño de delante *a*, drapeado con más ó menos pliegues, segun la estatura de la persona, se cose á los paños de costado *b*, cayendo recto sobre 40 cents. de altura hasta el doble punto. Desde allí se fruncen sobre 44 centímetros, sostenidos por una gruesa tabla y se levantan en recojidos formados por las cruces y los puntos. La manteleta, cuyos paños son cuadrados, está guarnecida con un plisé con cabeza, y se ajusta del talle con un cinturon que se ve por delante únicamente.

5 Y 6. ENTREDOSER BORDADOS EN TUL.

Ambos son muy á propósito para guarnecer cuellos, cofias, fichús ó pañuelos de la mano.

7 Y 20. ALMOHADON BORDADO.

Los bordados que se ejecutan sobre los pañuelos de madrás, como los llevan nuestras aldeanas, producen muy buen efecto empleados para almohadon. Así lo muestra en su conjunto el grabado 7, de tamaño reducido, mientras el grabado 20 reproduce la labor de tamaño natural, distinguiéndose, por tanto, perfectamente, los diferentes puntos de que se compone. Los cuatro cuadros del centro del almohadon están adornados con estrellas, y los ángulos con un ramo de flores bordadas al pasado. Entre los dos cuadros del borde hay un enrejado de seda, adornado con pun-



1. Traje con túnica lavandera.

2. Traje con túnica de moda. (Patron de la túnica: pliego del 18 por el derecho, núm. XII, fig. 34.)

3. Vestido con paletot ajustado.

4. Vestido con túnica y manteleta. (Patron de la túnica: pliego del 18 por el derecho, núm. XI, fig. 33.)

tos largos y cruces de seda de Argel. La elección de los colores, en armonía con el fondo de madrás del almohadon, así como la variedad de los puntos del bordado, corresponden al buen gusto de la persona que lo ejecute. Para el bordado se emplea seda de Argel (solo dos hilos) exceptuando las líneas del contorno para las cuales no se desdobra la seda.

El almohadon forrado de cretona, se rellena de crin, y se guarnece todo alrededor con un cordon y borlas en los ángulos.

10 Y 11. DOS CORBATAS PARA HOMBRE.

10. Emplea un biés de raso negro doble, de 5 centímetros de ancho, metida dentro una tira de gasa fuerte. El lazo se dispone como indica el grabado. Las puntas tienen 12 cents. de largo; se forman por medio del encuentro de los dos lados al hilo, y terminan con un dobladillo respunteado. Cada lazada tiene 7 cents. de largo y el lazo 5.

11. Consiste tambien en un biés de 7 cents. de ancho. El modelo es de raso azul marino con motitas blancas. La tira del escote de 2 cents. de ancho, permite estrechar ó ensanchar la corbata.

12 Á 15. CUELLO Y PUÑOS PARA HOMBRE.

(Patron: pliego del 18 por el derecho, núms. V á VII. figs. 24 á 29.)

Ninguna modificacion ha sufrido la ropa blanca para hombre, continuando las mismas hechuras, y alternando sólo los cuellos altos ó vueltos, segun el gusto de cada uno.

12. *Cuello alto* (el patron lo da la fig. 28 del pliego.)

Este cuello no tiene tira para el escote, y los ojales se ejecutan sobre el mismo cuello adornado de pespuntos

13. *Cuello vuelto*.—(Patron: figs. 24 y 25, 1 y 2.)

En la tira del escote, á la que se monta el cuello, segun las cifras correspondientes, se hacen los ojales de delante y uno en el centro de atrás.

14. *Cuello alto con ángulos vueltos*.—(Patron: figuras 26 y 27, 3 y 4 del citado pliego.)

Puño doble.—(Patron: fig. 29.)

Las dos mitades se montan la una á la otra con una costura doble desde los dos puntos y la estrella, marcados sobre el patron y se hacen dos ojales á cada lado.

16 Y 17.—VIDE-POCHE Y ACERICO DE TOCADOR.

Son dos lindos objetos para completar el adorno de un cuarto de tocador, suspendiéndolos uno á cada lado del espejo. Ambos están cubiertos de encaje irlandés. El fondo del primero consiste en un bullonado de raso, pegado á un carton y abierto por arriba. Está destinado á recibir las sortijas y los pendientes de las señoras mientras se lavan y se peinan. El del segundo es un carton forrado de reps y rodeado de cordon y fleco. Constituirian un precioso regalo para novia.

19.—ÁNGULO PARA TAPETE BORDADO Á LA CRUZ.

Produce un efecto muy lindo, bordado en dos colores, encarnado y azul.

21 Y 22.—CAJA PARA GUANTES, PAÑUELOS, ENCAJES, ETC.

Materiales: Raso azul, cinta de raso azul y blanca, de 2 cents. y 3 cents. de ancho, cordon de seda blanca, lana céfiro verde musgo de tres tonos distintos y dos tonos azul; seda floja, dos tonos de azul más claro que la lana, dos tonos rosa, lila mate, azul claro y verde musgo, tres tonos; seda de coser rosa y verde claro de diferentes tonos.

La caja de carton mide 31 cents. de largo por 23 de ancho y 4 de altura. Por dentro va forrada de raso blanco respunteado á cuadros, y por fuera cubierta del mismo raso, y adornada con un ramo bordado en el centro, y ruches de raso blanco en el borde, y azules alrededor del bordado; cordones blancos.

El ramo del centro ofrece un conjunto muy original. Está formado de florecitas azules de los campos (acianos), bordado á puntos largos desiguales, cortos, oblicuos, y atravesados, con lana céfiro desdoblada. Las florecitas azules, con los pistilos castaño oscuro, son de lana y seda. En las flores abiertas, los puntitos son de

seda lila mate, y las motitas de lana castaño oscuro con troncos blancos y castaño oscuro; los cálices son verde musgo con enrejado marron, los nervios y las diferentes hierbas con seda floja y seda de coser muy fina azul, verde, verde manzana; los botones son rosa y azul claro. Las flores y los troncos, ejecutados con lana y seda, resaltan sobre lo oscuro de las hojas, produciendo un efecto delicioso.

23.—PUNTILLA DE CROCHET Y TRENCILLA.

Su facilísima ejecucion nos dispensa de dar más detalles.

25.—LAZO DE CORBATA DE MUSELINA, ENCAJE Y CINTA.

Dos triángulos de muselina, nesgados de un lado, de 20 cents. de largo por 25 de ancho en los lados, al hilo, orillados de puntilla, forman, cruzándose, y sujetos con un lazo plegado, una graciosa corbata dispuesta sobre tul de armar.

26.—CENEFA DE CROCHET.

Puede hacerse tan ancha como se quiera, empleándose para colchas, si se hace con algodón, ó para guarnecer fichus de crochet, punto de aguja ó cachemir si se hace con lana mohair. Como se ve por el grabado 26, de tamaño natural, su ejecucion no ofrece dificultad ninguna.

27.—CANASTILLA-JOYERO, CUBIERTA DE ENCAJE IRLANDÉS.

Este elegante modelo constituye tambien un lindo regalo para una novia. Su mérito consiste en la cubierta de encaje irlandés, cuya ejecucion muestra claramente el dibujo. En el pliego de patron del 18 por el revés, se hallarán tambien modelos para esta labor.

28.—CUELLO DE ENCAJE IRLANDÉS.

(Dibujo: pliego del 18 por el derecho, fig. 35.)

Obra esta labor de paciencia y delicadeza, no necesita explicaciones, pues sólo una mano experta puede llevarla á cabo con feliz éxito. Los bordados á puntos largos pueden hacerse siguiendo las explicaciones; éstos dependen absolutamente del primor de quien los ejecuta.

29 Á 31.—CUELLO DE CROCHET Y TRENCILLA.

Se ejecuta á crochet con algodón de ovillo del número 60, y trencilla fina, imitando perfectamente el encaje. Se empieza por la cenefa de trencilla que circuye las onditas del cuello, y consiste en puntos dobles, abrazando alternativamente siete picots de la trencilla, ya de un lado, ya del otro, y separados por dos bridas que no se ven más que por el revés. Por la reunion de esta cenefa yendo y viniendo, se forma el cuello (Véase grabado 30, tamaño natural), que consta de 17 ondas para un escote regular. Se llenan los vacíos con una vuelta yendo y viniendo de un punto doble en el picot del centro de la tercera onda de la trencilla (arriba). Luego se hacen tres ondas de puntos en el aire, separados por un punto doble. La primera cuenta cinco, las otras siete puntos en el aire. Las ondas siguientes, ensanchadas por dos puntos en el aire, y separadas por cuatro dobles hojas, consisten en tres puntos en el aire y dos bridas, que como todas las hojas siguientes, se sobrecargan con una cadeneta de puntos en el aire. Las otras tienen cinco puntos en el aire y tres dobles bridas, mientras la última es de siete puntos en el aire y cuatro bridas con triple trabilla. La mitad de la parte inferior de la onda va sostenida por dos puntos dobles, separados por tres puntos en el aire, en tres picots del centro de las ondas siguientes. Despues de un punto en el aire se hacen cuatro dobles bridas para la hoja del centro, repitiéndose la misma vuelta al volver, pero en sentido opuesto, tomando en consideracion la reunion de las hojas correspondientes y las ondas de puntos en el aire con puntos dobles. Por último, se harán siete puntos en el aire sobre las dos ondas de trencilla suprimidas al empezar y sujetas con un punto doble. Se remata el hilo para volverlo á tomar en la vuelta de union para las ondas de puntos en el aire y puntos dobles. Los grabados 29 á 31 explican claramente la ejecucion de la tira de trencilla que reemplaza la tira de escote, ejecutada por el revés, y

que sirve de refuerzo al cuello. Tambien puede ser una tira de batista bordada á la cruz, y guarnecida con un encaje de palillos ó bordado en tul, como lo muestra el grabado 31.

Estas tiras de batista ó gasa, generalmente van forradas y unidas las dos telas á punto por encima.

32 Y 33.—CANASTILLA POUF CON CUBIERTA BORDADA.

El grabado 33 da, de tamaño natural, la cenefa que rodea la canastilla bordada á cadeneta y puntos largos. Esta misma cenefa, alternando con tiras de fondo oscuro, bordadas á punto de contorno, constituyen la elegante cubierta que termina todo alrededor con un cordon de pasamanería y borlas en los cuatro picos de los ángulos.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



Creemos complacer á nuestros lectores, dándoles á conocer la siguiente bellísima composicion debida al más anciano de nuestros poetas contemporáneos, cuya avanzada edad no le impide entregarse al dulce comercio con las musas, que adornan sin cesar con nuevos láuros su frente venerable.

ELEGIA.

Dies mei transierunt. Cogitationes mee dissipatae sunt.

(JOB., CAP. 17.)

Quien de madres fue modelo
vivió setenta y dos años
en este mezquino suelo;
Dios la tenga ya en el cielo
donde no hay cuitas ni engaños.

I.

Señora, permitid que gima y llore
melancólico viejo á vuestro lado,
y que ofrezca al Altísimo y adore
la sangre del Cordero Inmaculado,
en sufragio de Reina bondadosa,
que ya en su panteon muda reposa.

II.

Muere alegre y tranquilo el buen cristiano
que contemplando con serenos ojos
en derredor el orbe, polvo vano
descubre por do quier, llanto y enojos,
y aflicciones sin cuento ni medida
hasta el postrer suspiro de la vida.

III.

Digno Cantor, que celebró lagloria
del que arrancó á los bárbaros infieles
de Jesús el sepulcro; el que á la historia
fatigó noble bardo entre laureles,
exclamó al fallecer tras negra suerte (1):
¡qué infeliz fuera el hombre sin la muerte!

IV.

En la ciudad de Ulises populosa
pronto á espirar esclarecido ingenio,
modelo de virtud, con faz gozosa,
del cielo vislumbrando ya el proscenio,
con deliciosas lágrimas decia (2):
dulce es morir... y yo no lo sabia!

(1) Torcuato Tasso, uno de los primeros poetas de Italia y del mundo entero, poco antes de morir en 1595 en el convento de San Onofre de Roma, dijo estas literales palabras: *¡Qué desgraciados serian los hombres si no existiera la muerte!* Falleció del modo más edificante y cristiano, sin hacer caso del pomposo aparato con que se preparaba su coronacion en el Capitolio; coronacion igual á la de Petrarca el día de Pascua 8 de Abril de 1346.

(2) El jesuita Francisco Suarez, conocido con el glorioso tí-

V.

AQUEL que de la nada crió el cielo,
y la tierra y sus pobres habitantes,
desterrados, ¡ay mé! sin más consuelo,
que levantar sus manos suplicantes
en humilde oracion; AQUEL, Señora,
cuya clemencia vuestro labio implora;

VI.

Á vuestra madre arrebató del mundo,
sin que pudieran variar la suerte
ni de sus hijos el dolor profundo,
tristes, inconsolables con su muerte,
ni el abundoso llanto de la España,
que al nieto augusto pálida acompaña.

VII.

Dejó Cristina el valle de amargura,
en que de Adán la raza pecadora
solo en la paz de fría sepultura
encuentra alivio á pena roedora,
que aflige á los mortales importuna
desde el primer vagido de la cuna.

VIII.

Señora, contemplad la patria nuestra,
la patria de Gonzalos y de Cides
y paladines mil, que en digna muestra
de su amor al Monarca, en fieras lides
á invasora nacion, ó este recinto
ensangrentaron desde el siglo quinto.

IX.

La patria contemplad que en vuestra infancia,
viviendo todavía vuestro padre,
con sublime y magnánima constancia
y civismo español, á vuestra madre
solía proclamar como á su aurora,
de gloria y paz y dicha precursora.

X.

Alma de hielo, corazon de roble
no tuvo, no, jamás, ni de diamante
este pueblo, Señora, el pueblo noble,
que si al oír la trompa horripante,
ruge leon, escucha cual cordero
el ¡ay! de vuestra madre postrimero.

XI.

¡Y cómo no gemir los españoles
su Reina al fallecer, la Reina aquella,
que cual Iris de bellos arboles,
ó de amor y de paz hermosa estrella,
bajo el dosel de Perenguela un día,
como el Héspero fúlgida lucía!

XII.

No bien se sienta en el dorado trono,
tiende su diestra á pobres desterrados,
que lloraban en mísero abandono,
de sus hijos y esposas alejados,
sin que nadie acallara sus clamores,
ni diera lenitivo á sus dolores.

XIII.

¡Amnistía! exclamó la Reina hermosa,
y el apacible y maternal acento,
de esperanza, de júbilo rebosa
feliz España, alzando al firmamento
su voz con entusiasmo de alegría,
que repitió mil veces: ¡amnistía!

XIV.

Mirad cual vuelve de remotos climas,
de rios extranjeros y de mares,
ferviente á saludar las altas cimas
del patrio Pirineo y sus hogares
un millon de infelices, cuyo llanto
se ha convertido en clamoroso canto.

tulo de *Doctor Excmo.*, que le dió Paulo V. Su famoso *tratado sobre las Leyes* fué traducido al inglés, á pesar de la ojeriza con que aquellos isleños miran las producciones científicas y literarias de los católicos. Nació en Granada en 1548, y falleció en Lisboa á los 69 años de edad.

XV.

En idioma español, habla divina (1),
digna de suplicar al Rey del cielo,
todos, todos bendicen á Cristina,
cual á madre de amor y de consuelo,
de filial gratitud las emociones
publicando sus tiernos corazones.

XVI.

De Sofia en los ínclitos Liceos,
fuentes puras, fecundos manantiales,
do el español sus fervidos deseos
vió cumplidos un tiempo, en que á raudales
todas las ciencias con afán bebía,
á nadie penetrar se concedía.

XVII.

Mas del saber cerradas las compuertas
no bien la Reina atónita divisa,
habla, y su dulce voz las deja abiertas;
y aplaude en leda y paternal sonrisa
allá en la tumba con su augusto labio
respetable Monarca Alfonso el Sábido.

XVIII.

Día de bendicion, ¡dichoso día!
al fiero despotismo en su arrogancia
rechazando feliz la patria mia,
y al negro error y estúpida ignorancia
fué otra vez entre auréolas brillantes
el suelo de Lanuza y de Cervantes.

XIX.

¡Gloria fugaz! El ángel de la muerte,
que á cetros y diademas justiciero
toca, y su brillo fúlgido convierte
en triste luz de fósforo ligero,
nuncio se acerca de infeliz fracaso
al séptimo Fernando paso á paso.

XX.

Moribundo lo ve su augusta esposa,
y ceñida del Cármen con el manto,
solicita le asiste, y cariñosa,
con tanta caridad, con valor tanto,
cual si quisiera bondadoso el cielo
enviar al Rey el ángel del consuelo.

XXI.

AQUEL, empero, que la vida humana
tal vez como á los plátanos conserva,
ó la marchita como flor temprana,
y del estéril campo inútil yerba,
en su justicia inexorable quiere
que muera el Rey de España, y el Rey muere.

XXII.

Junto al cadáver, con amor Cristina
os estrecha, Isabel, en su regazo,
y trasformada en bética heroína,
de mil y mil valientes arma el brazo,
y vuelan á las cántabras regiones,
donde lidian leones con leones.

XXIII.

Rios de sangre ¡ay mé! sangre española
imprimen en los campos y laderas
el rojizo color de la amapola;
hasta que ve triunfantes sus banderas
el Cristino con ínclitas hazañas,
de la ríscosa Berga en las montañas.

XXIV.

Gloria al Hijo de Dios, que dejó al mundo
el amor y la paz en santa herencia,
á despecho del odio furibundo
con que Luzbel en su infernal demencia
perturbó á pueblos mil.... De tanto encono
Jesus proteja de mi Rey el trono.

GASPAR BONO SERRANO.

Madrid 30 de Agosto de 1878.

(1) El flamenco César Cárlos V solía decir, que la lengua española era la más grave de todas las de Europa, y la más digna de hablar á Dios con ella.

UN RASGO CABALLERESCO.

RECUERDOS DE DINAMARCA.

Hojeando hace algunos dias el diario de un amigo, que á su muerte me legó como recuerdo de nuestra buena y constante amistad, hallé lo que á continuacion voy á copiar, por haberme causado gran efecto, siendo hoy dia raro, aunque en todo tiempo digno de encomio para personas bien nacidas y que conserven sentimientos nobles.

Hélo aquí:

«¡Qué días de angustias! ¡Qué momentos tan tristes! Valor no me ha faltado. ¡Pero, y mi madre! ¡Ese ángel de bondad! ¡La que en tantas ocasiones de sus hermosos ojos se han desprendido lágrimas por verme triste! Aún al solo recuerdo mi corazon se oprime. ¡Qué hubiera sido de ella sin mí? ¡Qué temeridad! ¡Disponer de mi vida, y olvidarme de que al hacerlo arriesgaba también la suya! ¡Y mi anciano padre? ¡Tan recto, tan pundonoroso, siempre inculcando en mí las máximas del honor y delicadeza de sentimientos! ¡Todo lo sacrificaba! ¡Y, á pesar de ello, aún me indignaba contra mí mismo si reconocía, al hallarme solo, que vacilaba y perdía la serenidad! ¡Qué necias preocupaciones! ¡Crear que porque se viertan lágrimas de dolor, suponiendo próximo el fin de su vida, que el que es caballero, si tal hace, va á titubear cuando se halle en el peligro! ¡Cómo si acaso fuera imposible ser valiente, y sentir al mismo tiempo con toda su alma exponerse por el temor de producir honda pena á aquellos seres que viven adorándote, y que su ambicion, su más halagüeña esperanza, el todo á que aspiran, es verte, consolarte en tus aflicciones, mitigar con sus cuidados tus penas, y en resumen querer vivir porque tu vives...»

Al dar el reló de aquí á un momento doce campanadas, hará dos dias que en *Dysehaven* abracé á Keyper, y aún creo que todo no ha sido más que un sueño.

Mi querida madre, al pasar ahora por la puerta de su cuarto, me ha preguntado:

—¿Eres tú, Fernando?

Y una pregunta tan sencilla me ha hecho estremecer, impidiéndome contestar. Si yo hubiera muerto, la inquietud que hoy siente cuando no me tiene á su lado, ¿en qué se convirtiera? ¡En horrible desconsuelo!

—Sí, madre mia, soy yo, añadí reponiéndome.

Un instante despues, sobre esa cama, lloraba como un niño al recordar que habia estado á punto de separarme de la mujer que me rodea con su santo y desinteresado amor, con el amor que se profesa tan sólo al sér á quien se le ha dado vida exponiendo la suya.

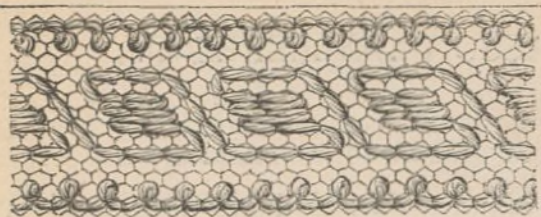
—A tí, noble y generoso Keyper, modelo de hidalguía, pundonoroso y digno cual valiente; ¡á tí te debo el gozo que experimento, y mi vida, que has tenido en tus manos y que con distinguida delicadeza me has perdonado, pero que yo desde ahora espontáneamente sacrificaría gustoso en tu obsequio, para probarte que un español sabe apreciar un rasgo caballeresco, de los que se ven tan pocos, sin duda á causa de los decantados progresos civilizadores, que endureciendo el corazon, lo dejan tan sólo sensible para el ruido del oro, que embriaga los sentidos!

Una dignidad mal entendida, el alarde de valor estemporáneo y la susceptibilidad más ridícula, han sido las causas que me han proporcionado dias de angustia, en los cuales la pena oprimía mi pecho; pues al reflexionar, ante mi imaginacion se alzaba imponente la desconsoladora idea de separarme para siempre de mis pobres padres. ¡Infelices seres! ¡Cuál hubiera sido vuestro dolor al saber la fatal nueva de que el hijo más querido habia muerto de una estocada, y sólo podriais ya verlo ensangrentado y frio para darle el último beso....

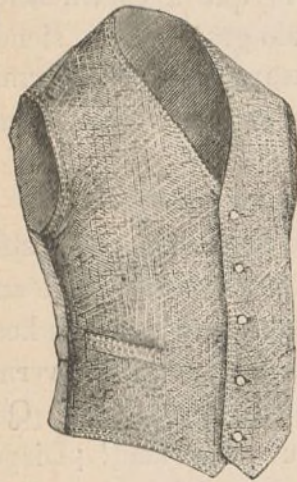
La emocion que me domina me ha obligado á interrumpir este fiel relato.

Más sosegado ahora continuaré la narracion verídica de lo sucedido, y si las lágrimas volvieren á empañar mi vista, sintiéndolas correr por mis mejillas, mi corazon se dilatará, cual la flor que yace marchitada por el sol, y el rocío al refrescarla la da nueva vida.

Tan sólo llevado por el deseo de que si algun dia en mi mísero pensamiento se borrará el recuerdo del acontecimiento que escribo, lo hago para que al leerlo me avergüence de haberlo olvidado.



5. Entre lós bordado en t. l.



8. Chaleco del traje completo para jovencito, representado en el número 6 del CORREO anterior. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. III, figs. 13 y 14.)

ban ruso que me aguardaba en la antecala, y me lancé á la calle.

La noche era como en general lo son en invierno, fría y desapacible.

Gran cantidad de nieve cubría el suelo, y los blancos copos que azotaban el rostro causaban desagradable impresion.

El paraguas no podía abrirse. Un fuertísimo viento que soplabá imposibilitaba el hacerlo, y así no podía utilizarse contra la inclemencia del cielo.

Por fortuna mia la suerte me favoreció cuando aún no había andado treinta pasos. Un coche desalquilado pasó ante mí, y reconocido al azar que me lo había deparado,

dando voces hice que se detuviera. El cochero, luego que oyó el sitio á donde debía conducirme, insinuó energicamente, por medio de un latigazo, al caballo que debía partir, y sumiso éste, salió con un trote bastante rápido para el tiempo que hacía.

Un cuarto de hora despues me apeaba delante del café cantante de Tívoli, y este establecimiento to construido cual chalet

suizo, me pareció más bien un volcan, por la claridad que esparcía á su alrededor,

que la cabaña del quesero helvético, tan copiada hoy día para hacer edificios pintorescos.

Al penetrar por la puerta, cuando á través de sus cristales distinguí aquel interior tan iluminado, el ruido de la música y de las conversaciones y la alegría que allí reinaba, llamó mi atención el contraste que todo esto formaba con el exterior, frío, silencioso y triste, y admiré la osada mano del hombre, creadora de aquel conjunto tan en contraposición á la naturaleza.

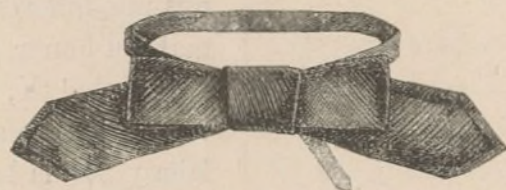
La mesa que tenía costumbre de ocupar junto al tablado donde estaban las cantantes

Como accion noble merece esculpirse en plancha de oro y exponerla, para que, aunque no fuese más que por el brillo del metal, se fijaran en ella y pudiesen aprenderla los que de caballeros se precian.

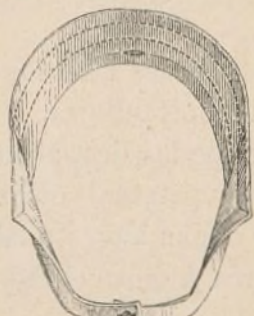
Quince dias han pasado; era el diez y siete.

Toda la familia reunida habíamos comido en casa de mi tia Albertina, y por ser en este país la costumbre se habían pronunciado numerosos brindis, reinando en toda la comida buen humor y grata alegría.

Tan pronto pasada la media hora que había destinado á la familia de sobremesa, me empaqueté perfectamente en el ancho ga-



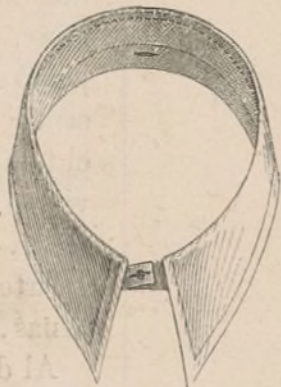
10. Corbata de seda lisa para hombre.



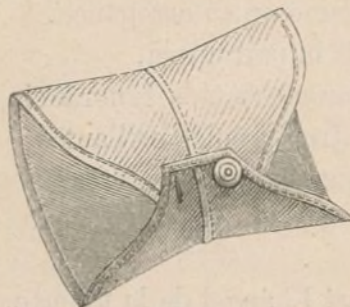
12. Cuello alto para caballero. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VII, fig. 28.)



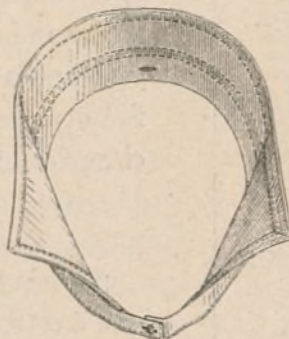
11. Corbata de seda moteada para hombre.



13. Cuello alto para hombre. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. V, figs. 21 y 25.)



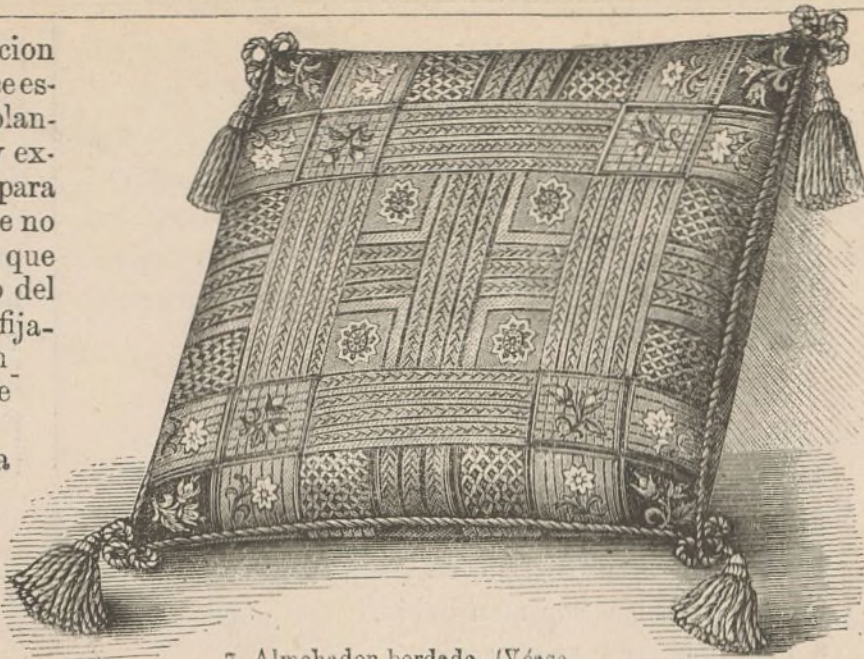
15. Puño para hombre. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VIII, fig. 29.)



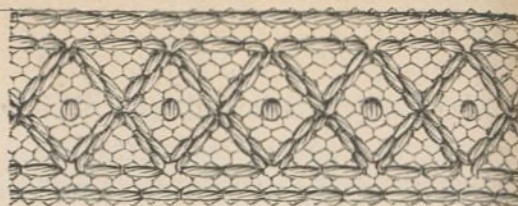
14. Cuello con las puntas lobladas para hombre. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. IV, figs. 26 y 27.)



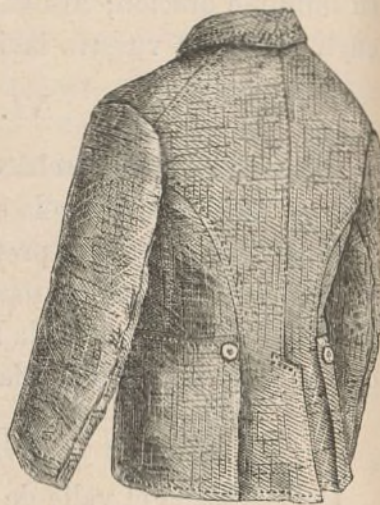
18. Traje con manteleta para señora de cierta edad. (Véase el grabado núm. 1 del CORREO anterior, que lo representa en el plan.)



7. Almohadon bordado. (Véase el núm. 20.)



6. Entredós bordado en tul.



9. Chaquet del traje completo para jovencito, representado en el número 6 del CORREO anterior. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. III, figuras 13 y 14.)

el origen de la cuestion que hubiera sumido á mi familia en profundo dolor, á no haber dado con un hombre noble cual ninguno. Al pasar junto á una mesa en que se hallaban tres amigos, parecióme que sus risas las producía yo; y sin reflexionar lo que hacía, cogiendo á uno de ellos por la solapa de la levita, hice que se levantara, y de muy mal modo le pregunté si era así en efecto. Me contestó que de mí no se habían ocupado; pero yo, que ya estaba ciego por la ira, no le entendí, y al sentir que con su mano apartaba la mia de donde le había asido, haciendo uso de la otra, le di con el puño cerrado en la cara.

A esto toda la gente se levantó é intervino.

Las cantantes y demas mujeres comenzaron á gritar, y por fin

nos separaron. Entonces cambiamos nuestras tarjetas, y al dia siguiente un tio mio y otro amigo arreglaron las condiciones para el duelo, que por lo importante de la ofensa debía ser á muerte.

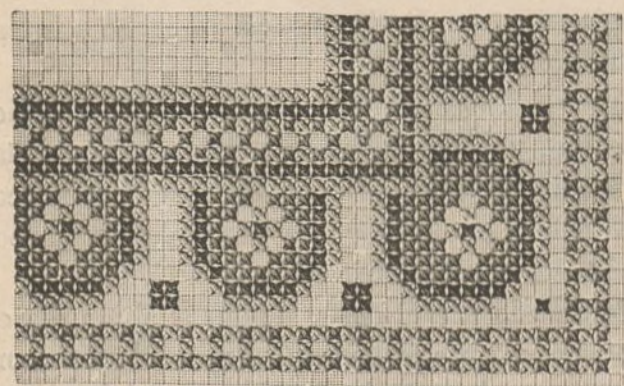
Mi rival, que es mili-



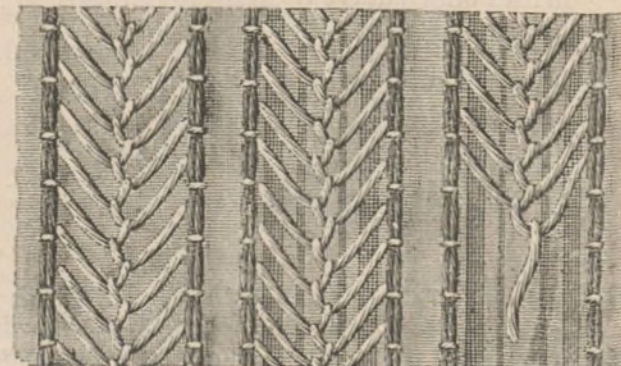
tar, posee la esgrima á la perfeccion, como todos los de este país que tienen su carrera, y él particularmente por haberse ejercitado mucho, lo que ha hecho que ocupe el primer lugar entre los mejores tiradores de armas.

A consecuencia de esto, mis padrinos, de acuerdo con los suyos, y queriendo evitar que el desafio fuese más bien un asesinato, puesto que yo no sabía el manejo de ningun arma, fueron á pedirle un plazo para que yo recibiese algunas lecciones, y concedido éste por él, desde aquel dia empecé á aprender, ó más bien á sólo defenderme, con el fin de no morir al primer ataque de mi adversario.

Doce dias trascurrieron, y el fatal momento llegó. Con la excesiva formalidad de estas gentes, se habia hecho todo con riguroso sigilo



19. Angulo para tapete bordado á la cruz.



20. Bordado lijero para el almohadon núm. 7.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.
 Calle de la Montera, número 11, Madrid.

y para des-
encontraba
un saludo
más arrai-
no hubiese
Perfecta



24. Cofia de
(Véase el gra-
del Correo
(Patron: pi-
por el derech-
figs. 30

sido un s-
premedita-
Casi t-
noche la-
pues, es-
do.

A mis
sólo dedica-
líneas: m-
imposible
nuar. « L-
nadme, le-
no he pod-
troceder,
tendrá en-
lo que por-
frais y os-
compensa-
cielo. Al
mi último
miento se-
vosotros,
postrimer-
ro os man-
beso del q-
re por su-
¡Adios!
nadme! »

A las
la maña-
acos é, y
nueve mi-
llamaba.
me causó
y lástima
lor sonro-
sus mejill-
desaparec-
una palid-
tal cubria-
tro. ¡Des-
Sufria h-
mente, y
ber le im-
obligac-
apurar h-
último to-
dolores
acontecir-
sin duda
ocasionar
familia.

A pesar
estado tr-
horas di-
maestro
enseñanza
pleta, qu-
podía ser
más tenie-
mejor afi-
dicho.

Resign-
suerte, tr-
tara alter-
y pretext-
subimos a
vó al siti-
Ni mi-
durante e-

y para desorientar aún más, si alguna vez nos encontrábamos los dos tristes protagonistas, un saludo muy cortés haría desaparecer las más arraigadas sospechas de que la cuestión no hubiese terminado.

Perfectamente preparado. lo necesariopara un lance de esta naturaleza, el día ántes de aquél en que debía verificarse el desafío, los padrinos de ambas partes fueron á escoger el sitio. El arma elegida era la espada, y se estipuló que el duelo continuaria, á menos de imposibilidad material, hasta que uno de los dos muriera.

La vispera, cuando volví de la ciudad, me puse á escribir para despedirme de todos mis allegados, extendiendo al mismo tiempo la precisa declaracion de que moria por voluntad propia, y así rogaba á las autoridades que no se culpasen á nadie por lo que habia

24. Cofia de mañana. (Véase el grabado núm. 5 del CORREO anterior. Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. IX, figs. 30 y 31.)

sido un suicidio premeditado.

Casi toda la noche la pasé, pues, escribiendo.

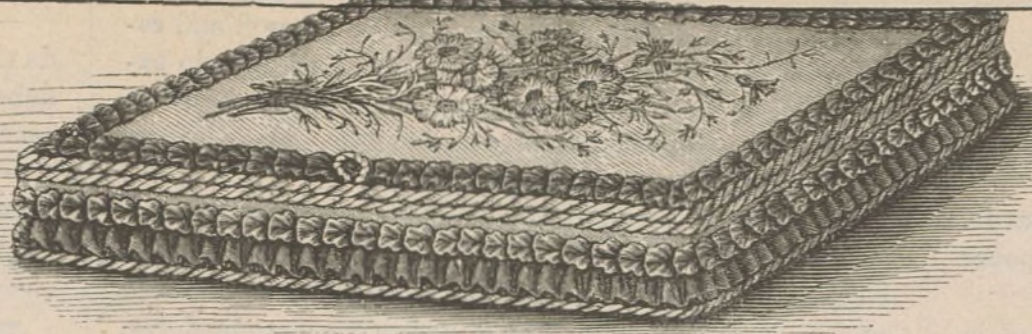
A mis padres sólo dedicaba dos líneas: me fué imposible continuar. « Perdonadme, les decia, no he podido retroceder; Dios tendrá en cuenta lo que por mí sufráis y os lo recompensará en el cielo. Al morir, mi último pensamiento será para vosotros, y en mi postrimer suspiro os mandaré el beso del que muere por su honor. ¡Adios! ¡Perdonadme! »

A las cinco de la mañana me acosó, y á las nueve mi tío me llamaba. Su cara me causó espanto y lástima; el color sonrosado de sus mejillas habia desaparecido, y una palidez mortal cubria su rostro. ¡Desdichado! Sufria horriblemente, y su deber le imponia la obligacion de apurar hasta el último todos los dolores que tal acontecimiento, sin duda alguna, ocasionaria á mi familia.

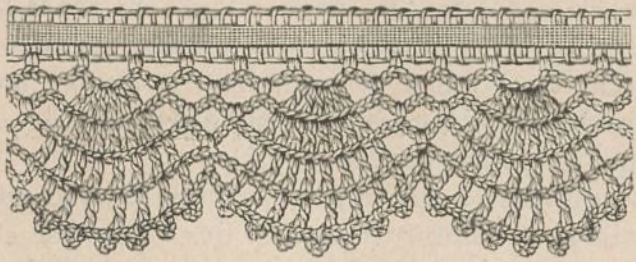
A pesar de haber estado tres y cuatro horas diarias con el maestro de armas, mi enseñanza era tan incompleta, que el resultado no podia ser sino fatal, y mucho más teniendo por adversario al mejor aficionado, como ya he dicho.

Resignado, sin embargo, con mi suerte, traté de que la familia no notara alteracion alguna en mi fisonomia, y pretextando una excursion, á las diez subimos al carruaje que en una hora nos llevó al sitio convenido.

Ni mi tío ni yo pronunciamos una palabra durante el trayecto, y únicamente el otro padrino



21. Caja para pañuelos. (Véase el núm. 22.)



23. Puntilla de crochet y trencilla.



22. Ramo bordado para la caja núm. 21.

y el médico, que recogimos en la ciudad, hablaron de cosas indiferentes.

Al llegar encontramos ya allí á los otros, y en un instante, despues de las formalidades de rigor en estos casos, se preparó todo, y apretándome la mano mucho mi tío, me indicó el sitio que debía ocupar.

Colacados convenientemente á distancia, sonó la pri-

mer palmada y avanzamos hasta la línea marcada en tierra. A la segunda nos saludamos, y al oír la tercera, que era la que marcaba que el combate debía empezar, mi adversario, en lugar de hacerlo, bajó su espada y me preguntó si estaba satisfecho. — No pude comprenderle en el primer instante y guardé silencio.

¿Qué significaba aquello? Muy pronto lo supe. Al ver mi sorpresa tiró su arma, y sin esperar que yo hablara, se aproximó á mi alargándome la mano. Entonces me expliqué su conducta: extendí mis brazos, y entre ellos estreché al hombre más generoso que he conocido...

25. Lazo de corbata de muselina, encaje y cinta.

¿Qué más podré decir? La alegría fué general, y Keyper, perdonándose la vida, lavó la ofensa que yo le habia hecho, tan bien como si nos hubiéramos batido hasta morir. Yo tuve la satisfaccion de haber cumplido con mi deber, y cuando llegó á oídos de todos el desenlace de la cuestion, numerosas y sinceras felicitaciones por nuestro digno proceder colmaron el gozo que experimentábamos.

Despues de abrazar una hora más tarde á toda mi familia, volvimos á la ciudad, y hasta esta tarde he permanecido allí solemnizando con los demas la feliz terminacion del asunto que me ha proporcionado un nuevo amigo á quien quiero como á un hermano, y una leccion para no ocasionar otra vez la desgracia á mi familia, que en esta ocasion ha evitado Keyper con un rasgo caballeresco.

ALBERTO C. DE RAMSAULS

EN LA CULPA VA EL CASTIGO.

(Conclusion.)

Al día siguiente de la escena que hemos presentado á nuestros lectores en el capítulo anterior, los dos secretarios se encontraron en la antecámara del rey, con la diferencia que Escobedo esperaba en ella á que Felipe II le recibiera en audiencia privada, y Perez salia de la real cámara de despachar con el rey, llevando bajo el brazo la característica cartera.

—Saludo al Sr. Escobedo.

El interpelado se inclinó ligeramente.

—¿Venís á ver al rey?

—A eso vengo efectivamente.

—De vos nos hemos ocupado esta mañana.

—También pienso yo ocuparme de vos algo más tarde.

—Cuidad con lo que habláis, que se os puede poner en contra.

—Nada temo de nadie. Mi persona es inviolable en la corte de Felipe II. Aparte de ser el secretario del señor Don Juan de Austria, soy el embajador de los Estados de Flandes.

—¿Sabéis que para el rey nada hay inviolable?

—Tengo también delegación pontificia, y osar á mi persona, fuera injuriar al Papa.

—¡Poco cuidado le daría eso al rey! Sin las galeras de España, ni el Papa ni la república de Venecia hubieran vencido en Lepanto.

—Sin D. Juan de Austria no adornaría Felipe II su corona con tan rico florón.

Perez calló. Trascurridos dos segundos, dijo:

—Os repito el consejo que ántes os dí, señor Escobedo.

—No sois vos para darme consejos.

—¿Por qué?

—Porque sois más joven que yo, y además...

—Además ¿qué?

—Los necesitáis para vos.

—Me inclino ante vuestra ciencia,—dijo con irónica sonrisa;—pero es posible que *no contéis ya más abriles*,—dijo recalando las palabras que hemos subrayado.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada.

—Algo, sí.

—Que sois viejo, y yo demasiado joven.

—No me pesa.

En aquel momento el gentil-hombre de servicio decía en voz alta:

—Su Magestad recibe al señor Juan de Escobedo, secretario del gobernador de los Países Bajos y embajador de los Estados de Flandes.

Casi al mismo tiempo un paje se acercó á Perez y le dijo en voz baja, pero no tanto que Escobedo no lo oyese:

—La princesa os espera.

—No quiero hacer esperar al Rey.

—Ni yo á la persona que me aguarda,—contestó Perez con maliciosa sonrisa.—Con Dios quedad, señor Escobedo, y enidado.

Separáronse los dos secretarios cambiando una mirada de odio comprimido. Escobedo entró en la cámara real, y Perez salió de la antecámara entregando ántes á su secretario particular la cartera de despacho.

Un cuarto de hora despues era introducido en el camarín de la princesa, con la que conferenció más de dos horas.

Otro tanto duró la audiencia que el Rey concedió á Escobedo.

Nada ha podido averiguarse de lo que respectivamente hablaron los dos secretarios; sólo sí se sabe, que de regreso Perez á su casa, mandó llamar á dos criados suyos nombrados Morgado é Jusuaté, que á su lado desempeñaban las funciones de *bravos*, con los cuales se encerró en su cámara y habló largamente. Cuando los dos satélites salieron de conferenciar con su señor, llevaban en la mano bolsillos repletos de monedas de oro.

Cuando el Rey despidió á Escobedo, mandó llamar á Mateo Vazquez, y celebró con él una larga conferencia. Han de tener en cuenta nuestros lectores, que Mateo Vazquez era el más implacable enemigo de Antonio Perez.

III.

UN AVISO POR CARIDAD.

Era el 31 de Marzo de 1578.

El día había estado nebuloso; la noche se presentaba oscura.

Llovía y ventisqueaba.

Poca gente transitaba por las calles de la villa y corte de Madrid, ya porque el frío era intenso, ya porque en aquella época no se había introducido aún el alumbrado público, y al anochecer se cerraban á piedra y lodos todas las puertas, quedando Madrid entregado á las rondas, á los bandidos y demás gentes de mal vivir.

Junto á la iglesia de Santa María había, en el tiempo en que ocurrían las escenas que vamos narrando, un antiquísimo palacio con honores de casa fuerte, que servía de morada á una opulenta dama, que disfrutaba gran privanza con el Rey. Excusado nos parece decir que aquella feudal mansion era la de la nobilísima doña Ana de Mendoza y Silva, princesa viuda de Eboli y condesa de Melito.

La calle Mayor, entonces como ahora, una de las principales de Madrid, no era lo que es actualmente, y en

días de lluvia se veía poco frecuentada, pues el mal estado del empedrado producía gran cantidad de lodo para que los pedestres, sin poderoso motivo, se resignaran á enlodarse completamente atravesando aquella vía de comunicacion tan importante.

Acababan de sonar las ánimas. Recostado en el esquínazo que dá al pretil de los Consejos, se divisaba un bulto inmóvil, envuelto en una oscura capa. Como en aquella época existían tantos nocturnos merodeadores, que tenían por diversion ó pasatiempo aligerar las bolsas de los pacíficos habitantes, nada extraño era que la poquisima gente que acertaba á pasar por allí, apretara el paso apenas distinguían el sospechoso personaje, para evitar que éste les pidiera, de no muy buen modo, los escudos que llevaran en sus bolsas.

Fuertes pisadas resonaron por la calle del Sacramento, y otro embozado de resuelto aspecto desembocó por ella en la Mayor.

—Ya está ahí,—murmuró el que estaba en el pretil de los Consejos.

El que venía avanzaba con seguro paso, aunque no sin precauciones, pues al estar próximo al que esperaba, desenvainó prontamente la espada y pronunció un enérgico

—¿Quién va?

—Podeis pasar si gustais, señor;—contestó con calma el embozado:—no sois vos á quien yo espero.

—Es que á mí no me han gustado nunca bultos; despejad pronto la acera, si no quereis que me abra paso con el filo de mi espada;—insistió el primero.

Separóse el del pretil, poniéndose á algunos pasos en el centro de la calle.

—¿Quién sois y qué deseais?—insistió el embozado yendo hácia él con la espada desnuda.

—Dispensadme, señor; pero por la voz me pareceis el señor Juan de Escobedo, á quien siempre profesaré respeto y sumisión.

—Sí, yo soy Juan de Escobedo, así como por vuestra voz creo reconocer á un alférez de los tercios de Flandes llamado Diego Ramirez.

—Soy el mismo, señor; y os suplico, en caridad, me deis una limosna;—dijo con humilde acento.

—¿En tan mísero estado os encontrais?

—Sí, señor.

—Acercaos, señor Ramirez, tomad;—dijo Escobedo alargándole unas monedas, al propio tiempo que envainaba la espada.

—Siempre sereis generoso como vuestro amo,—dijo Ramirez, tomando las monedas que al simple tacto conoció que eran de oro.

—Ahora decidme, brevemente, qué es de vos desde que no nos vemos.

—Ya sabéis, señor, que en Gamblours quedé inutilizado al frente de mi brava compañía, que era la predilecta de D. Juan, vuestro augusto amo. Con recomendación de éste vine á Madrid, y no sin grandes trabajos, conseguí ver al Rey, á quien le expuse mi situación. Remitióme al señor Antonio Perez para que me diera unas alcabalas, y con el tiempo que va trascurrido, aún no he podido lograr que se me colocara. El hambre de mis hijos y de mi esposa, que no tienen pan que llevar á la boca, me ha movido esta noche á venir á este sitio á esperar al señor Antonio Perez para que me diera una limosna. Os he encontrado á vos, que habeis socorrido con largueza mi miseria. ¡Que Dios os lo pague y os lo aumente en intereses!

—Nada teneis que agradecerme; el dinero que os he dado bien ganado lo teneis. Pero ¿por qué no habeis visto á la Princesa? Sois antiguo servidor de su casa.

—La he visto, señor; recordéla los servicios que tengo prestados á su familia, y la supliqué intercediera con el secretario para que se me colocara como el mismo Rey quería.

—¿Y qué os contestó?

—Con vergüenza he de decíroslo, señor; sus últimas frases fueron:—“que no podía escuchar más tiempo las impertinencias de un poraiosero.... y que la dejase en paz.”

—Siempre altiva,—murmuró Escobedo;—¡oh! grande ha de ser su castigo!

—¿Quereis, señor, que os acompañe? ¿Vais al palacio de la Princesa?

—Sí, allí voy; citado he sido por ella esta noche para despues del toque de ánimas. Desea conferenciar conmigo.

—Pues tomad mi consejo; no vayais esta noche.

—Imposible; lo he ofrecido.

—Guardaos, pues, mucho; vuestra vida corre inminente peligro.

—¿Sabéis?...

—Algo sé.

—No andais del todo descaminado. ¿Pero quién os ha podido decir?

—No importa quién sea. El aviso que os doy es hijo de mi gratitud. Vuestras horas están contadas; teneis el deber de guardaros para vuestro amo, vuestros hijos y servidores.

—Teneis razon, Ramirez; pero yo no puedo salir al encuentro á la traicion; si me matan será de esa manera. ¿A quién confiar mi venganza?

—A mí.

—¿A vos?

—Sí. Tengo corazon, y os pertenezco en cuerpo y alma desde esta noche.

—No lo dudo, y voy á daros de ello una prueba. Así que llegue á vos la noticia de mi muerte, procurad ver á Mateo Vazquez, y le entregais en propias manos este pliego.

Escobedo desabrochó su ropilla, y de un bolsillo interior sacó un pliego bastante voluminoso que entregó á Ramirez.

—¿Me jurais cumplirlo?

—Os lo juro por mi fé de soldado.

—Pues bien, Ramirez, mañana pasaos por mi casa, y empenándome con un buen amigo que tengo en la corte se os colocará. Siento que ántes no os hayais acordado de mí.

—Nunca será tarde si por vos me viene el bien, como á vos deberán mi mujer y mis hijos el pan que coman mañana.

—Hemos llegado ya,—dijo Escobedo parándose ante la gran puerta del palacio, cuyo fuerte aldabon hizo sonar dos veces.—Podeis retiraros, y hasta mañana, no lo olvideis.

—No olvideis tampoco mi aviso, y que Dios os guarde.

El postigo se abrió alumbrando la calle con la luz del patio. Escobedo entró. Ramirez desapareció entre las sombras y los lodos de la calle Mayor.

IV.

LAS SOMBRAS AMPARAN EL CRÍMEN.

Dos horas trascurrido habían; el postigo del palacio se abrió nuevamente, y un hombre salió por él. A la luz, que á torrentes salía del patio, pudo verse que aquel hombre era Escobedo. El postigo se cerró y la calle quedó otra vez en tinieblas. Ya hemos dicho ántes que la noche estaba oscurísima, y á más de eso soplabá un cierzo helado que obligaba á las gentes trasnochadoras á ir bien abrigadas.

Escobedo salía del palacio murmurando en voz baja no sé qué palabras, al propio tiempo que se embozaba en su capa.

De improviso vió delante de él dos bultos; volvióse para tomar otro camino, y encontró que á sus espaldas, y á muy pocos pasos, había otros tres bultos.

Comprendió un peligro, y hombre de corazon, se propuso afrontarlo resueltamente. Puso mano á la espada, y al mismo tiempo con voz enérgica dijo:

—¿Quién va?

—Si sois el Sr. de Escobedo, nada temais y seguid tranquilo vuestro camino, le contestó una voz.

—Escobedo soy, y no he temido nunca á los que me han atacado cara á cara.

Y medio volviendo la espada á la vaina, dió algunos pasos en direccion á la calle del Sacramento.

—Pues os atacaré por la espalda,—dijo otra voz, al propio tiempo que el que estas palabras pronunció, dirigió una terrible estocada á Escobedo, que penetrándole por bajo el homoplato derecho, le atravesó el pulmon y vino á salirle la punta por la tetilla.

—¡Jesús me valga! muerto soy,—dijo Escobedo, y cayó al suelo.

—Tiene ya bastante,—dijo el que le había herido.

—No importa,—contestó otro,—mejor es asegurarlo. Y desnudando la daga, se bajó hasta Escobedo y la hundió tres veces en su cuerpo. En una de ellas le atravesó el corazon.

Los cinco bultos se replegaron á un punto de la calle. Allí se les aproximó otro embozado.

—¿Estais satisfecho, señor?—le preguntó el que había herido á Escobedo.

—Yo satisfecho, y el rey servido,—contestó el interpelado.

—¿Podemos partir ya?

—Sí, inmediatamente, á vuestros destinos.

—¿Y vos, señor?—preguntó otro que hasta entonces no había hablado.

—Yo, me vuelvo á Alcalá; nadie sabe que estoy en Madrid, ni aún el rey. Quiero saber allí la nueva.

—¿Teneis que darme algunas instrucciones?

—Sí, mañana verás á la... señora, y le dirás que el asunto que tanta pena le daba está ya ultimado.

—¿Y nada más?

—Nada más. Buenas noches, señores. Seguidme á corta distancia hasta el puente de Segovia, donde he dejado

los caballos. Si por el camino tropezárais con alguien, aunchilladle sin piedad.

Y echó á andar en la direccion indicada, llevando al lado uno de los cinco bultos ó individuos apostados para asesinar á Escobedo. Los otros cuatro, dos de fondo, formaron su escolta.

La calle quedó silenciosa y oscura, tan oscura, que ni los mismos asesinos repararon en otro bulto que se despegó del dintel de una puerta, y avanzó hacia donde habia quedado abandonado el cadáver de Escobedo.

—Descansa en paz, Juan de Escobedo,—dijo con triste acento,—no he podido defenderte, porque un manco como yo no sirve ya para manejar una espada, pero te vengaré. Una horda de asesinos te ha atacado á la sombra para herirte por la espalda, pues sólo de ese modo podian deshacerse de tí. Mañana tendrá Mateo Vazquez los papeles que me has confiado hace muy pocas horas.

Efectivamente, Diego Ramirez, el alférez inválido de los tercios de Flandes, consiguió al día siguiente ser recibido por Mateo Vazquez, á quien contó con todos sus pormenores lo acontecido la noche anterior, entregándole al propio tiempo el pliego cerrado, y sellado con las armas de Escobedo, de que era depositario. Vazquez recibió contento los papeles, encargándole el mayor secreto.

La muerte del secretario de D. Juan de Austria fué muy comentada en Madrid y en España toda, así como la célebre frase de Antonio Perez de que no contaría más abriles, que muchos oyeron en la antecámara del rey, algunos días ántes de ocurrir el asesinato.

V.

¿FUÉ JUSTICIA Ó FUÉ VENGANZA?

Poco más de un año despues, el día 28 de Julio de 1579, á las once de la noche, cuando el silencio reinaba en la capital de la monarquía española, un hombre de aspecto sombrío y grave, acompañado de otro más jóven, se hallaba oculto en el pórtico de la iglesia de Santa María, espionando con atencion lo que ocurría ó iba á ocurrir en el palacio de la princesa de Eboli. Aquel hombre era el mismísimo Felipe II, que acompañado de su ayuda de cámara Sebastian de Santoyo, iba á presenciar oculto la prision de la princesa de Eboli, la viuda de Ruy Gomez de Silva, la amiga de Felipe II, la que otorgaba sus favores al secretario de Estado, Antonio Perez.

Efectivamente, el alcalde de corte Álvaro García de Toledo, despues de reducir á prision á Antonio Perez en su propia casa de la plaza del Cordon, se presentó en el palacio de la princesa, y le intimó la orden de prision que se le habia encargado cumplimentar. Doña Ana quiso protestar, pero todo fué inútil. Obligada á entrar en una litera, fué conducida con respetable escolta á la torre de Pinto, que era el lugar señalado para su encierro. Así terminaron aquellas tenebrosas intrigas, sostenidas por la altiva princesa de Eboli, que costaron la sangre de más de un inocente.

En cuanto á Antonio Perez, tuvo que apurar vejaciones y humillaciones de todo género, sufrir tormento y vivir encerrado en prisiones más de doce años, escapando desde Zaragoza de una muerte segura, y dándola con su fuga á los fueros y libertades aragonesas en la persona del Justicia mayor de Aragon, Juan de Lanuza.

Despues vivió aún algunos años, mendigando la proteccion de Francia y de Inglaterra, y siendo el verdadero causante de todos los males y trabajos que sufrieron su infortunada esposa D.^a Juana Coello y sus inocentes hijos, víctimas de sus desaciertos y de sus crímenes.

Abrumado por la desgracia, por los remordimientos y por la miseria, aunque sobrevivió á su implacable enemigo Felipe II, tuvo que vivir en tierra extranjera, sin poder conseguir el perdon para volver á su patria, ni aún del bondadoso Felipe III, que dió libertad á su mujer é hijos, cuyo porvenir era el deshonor y la pobreza, despues de haber ocupado elevadísima posicion en la corte.

El antiguo secretario de Estado, el amigo y favorito de un rey tan poderoso como Felipe II, falleció en París el 3 de Noviembre de 1611, á los setenta y dos años de edad, y treinta y tres despues de haber ordenado la muerte de Juan de Escobedo, instado por la princesa, y tolerado por el mismo rey. La una obraba á impulso de su soberbia, el otro seguia los trámites de su tenebrosa política. Antonio Perez obedeció sólo á sus pasiones, y ellas le condujeron á fin tan miserable.

En cuanto á la alta y egregia D.^a Ana de Mendoza y Silva, princesa de Eboli y condesa de Melito, sólo pudo resistir seis meses de prision en la torre de Pinto, falleciendo al cabo de ellos, abandonada por todos sus deudos y amigos, completamente olvidada por el rey, y teniendo por carcelero al alférez inválido Diego Ramirez, á quien ella habia arrojado de su presencia como un impertinente pordiosero, pero al que el rey tuvo por conveniente nombrar alcaide de la fortaleza de Pinto.

La altiva dama, la codiciada hermosura, ante la que se habia doblegado en otro tiempo la férrea voluntad de un monarca poderoso, comprenderia en sus horas de soledad y de remordimientos, que es una verdad indisputable el sostener que *en la culpa va el castigo*.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

ESTUDIOS HIGIÉNICOS.

¿DE DÓNDE VIENE EL TÍFUS?

(Conclusion.)

El pobre busca naturalmente lo más barato: lo muy caro se vende *casi* bueno, lo caro adulterado: lo barato es veneno. Pues inquiere y analices lo sospechoso, que es, poco más ó ménos todo, y cástiguese rudamente al que robe con el dinero, la salud al público. Si no pueden venderlo barato, véndanlo caro en buen hora, y el que no pueda que no lo compre: porque mil veces vale más privarse de ciertos alimentos, que pagar dinero por envenenarse uno propio. Y cuenta que el mal no puede ser de mayor trascendencia; porque la enfermedad que comienza por una familia, pasa á toda una calle y á un barrio entero y á una completa poblacion, sin que al llegar á su desarrollo máximo sirvan de escudo comodidad y riqueza.

Pero, ¿qué mucho que en donde la salud es generalmente buena se descuide esa misma salud, cuando esas impotentes casas llamadas lazaretos, sirven hoy, en algunos puntos de plazas comerciales?

Pues nose busquen otros elementos productores de los contagios y epidemias, teniéndolos á la mano en los que hemos someramente apuntado, que en realidad no hay otros. Y, sin embargo, ninguna providencia se toma, como si los mismos que debieran tomarlas tuviesen la vida asegurada y á prueba de la bomba de las epidemias.

Nosotros hemos visto analizar toda clase de alimentos, y muy principalmente ese tósigo llamado vulgarmente chocolate, tan difícil de encontrarse bueno, especialmente á bajo precio, y por esto aseguramos lo que ántes hemos dicho. Estamos persuadidos hasta la evidencia de que si por torpeza se acudiese sin período ni hora fijos á muchos almacenes, sin distinción de barrios, en muy contados se encontrarían todos los géneros sin adulteracion. Del vino no digamos nada, porque casi todo es un veneno incendiario, para aletargar á los pobres y alentar á los criminales.

Pues es inútil buscar las causas productoras de ese tífus que nos aflige todos los días, porque las tenemos tan á la mano, ¿por qué, pues, no se pone todo el posible conato en hacerlas desaparecer? ¿Es tan escaso el valor de la vida de nuestros semejantes? ¿En nada apreciamos la nuestra, siempre demasiado amenazada aún sin tan destructores motivos?

Tregua una vez á la funesta política; pospóngasela á la salud del pueblo, que poco adelantará con decir que es libre, si por tantos otros conceptos y tan importantes permanece eternamente esclavo.

Instrúyase en los principios de una severa higiene, y se le hará el mejor de los beneficios.

El tiempo que invierten los estudiantes en cursar ciertas asignaturas, que á la mayor parte de ellos de nada sirven despues, debieran seguramente emplearle en estudiar con el mayor detenimiento la higiene y la botánica.

Nada puede afligir más el ánimo del hombre observador que el contemplar la facilidad con que se generalizan y ceban y ensañan las enfermedades en determinadas clases de la sociedad.

¿Por qué los gobiernos no han de establecer clases gratuitas de higiene para aquellos que no pudiesen abonar precio alguno de matricula? Ciertamente que sería imposible que todos aprendiesen de una manera conveniente tan complicada materia; pero no es ménos positivo que solamente escuchando las esplicaciones, oyendo la facilidad con que podemos perder la salud por no tener el debido cuidado con nuestra persona, las funestas consecuencias que acarrear ciertos descuidos, y la ninguna dificultad que se encuentra para conservar la salud y prolongar la vida, más de un oyente entraria en cuentas consigo mismo, se aumentaria el número de los cuidadosos y disminuiría el de las víctimas.

Pero al mismo tiempo que un gobierno tratase de merecer el nombre de paternal generalizando y propagando los salvadores conocimientos higiénicos, debería oponer un fuertísimo dique á la relajacion de costumbres, que hoy es de todo punto escandalosa y siega en flor á tantos como en un día no remoto podrian ser útiles miembros del cuerpo social, y que tantas lágrimas hace derramar á millones de desconsoladas madres.

¿Cómo se entiende aquí la libertad! ¿La libertad po-

lítica relaja los vínculos que unen al marido con la mujer y alcajeza de familia con los individuos de ésta? Claro es que la respuesta debe ser negativa; pero como toda persona inconsciente trueca fácilmente los frenos, cree que la libertad civil es igual á la del caballo que, rota la barbada y el ahogadero, no siente el bocado, corre dejando atrás al viento; aquella forzada libertad le enagena, le pone en un estado vertiginoso que le ofusca la vista, y en la velocidad de su ciega carrera no distingue el antemural, contra el cual se estrella y á cuyo pié queda yerto y sin vida.

Hé aquí cómo entiende la juventud la libertad: puede pasar que ella misma se dirija al borde del abismo, porque su inexperiencia le hace ver los objetos á través de un prisma que altera ó desfigura la vision: pero ¿y los padres no tienen de sobra la vista de que sus hijos carecen? Y si aquéllos se sacrifican en aras del demonio llamado mundo; ¿no tiene todo gobierno el ineludible deber de conservar la moralidad en todas las clases sociales y dictar órdenes para que ésta no sea pisoteada ni públicamente escarnecida? ¿A dónde iremos á parar siguiendo por tan fatal camino?

Verdad es que vivimos en un tiempo en que algunos de los que el pueblo eligió para sus legisladores, pidió la eliminacion de ciertos artículos del Código por los que se prohibe blasfemar del santo nombre de Dios, que es una falta horrenda.

En buen hora que á nadie se incomode por materias de religion; esto es, que á nadie se moleste porque no sea católico, ni se le obligue á ser lo que no quiera, por más que nunca será conveniente romper la unidad de la fé. Pero, querer que no se imponga pena al sacrilego blasfemo, es una pretension punible. Los ateos serán los únicos á quienes pueda parecer indiferente, porque solo adoran al Dios Ego, y como egoistas y como ateos, son ajenos á todo sentimiento de caridad, y sin caridad el hombre puede muy bien rivalizar con las panteras de Java, los tigres de Bengala y los leones del Atlas, y aún llevar ventajas á todos ellos.

Falta de moralidad y falta de higiene, son dos circunstancias suficientemente poderosas para diezmar en poco tiempo la tierra; pero aunque algunos particulares caritativos y benéficos se propongan poner remedio al mal y reuman fondos y hagan sobrehumanos esfuerzos, si acuden al gobierno ó á cualquier corporacion ligada con éste, allí se dará al traste con los mejores proyectos. Las formalidades de la ley, las aclaraciones posteriores, la indispensable tramitacion y las destructoras corruptelas hacen perder la paciencia al hombre de más calma, que concluye por abandonarlo todo y renegar del mal parado país en que le tocara nacer.

¿Cuántas veces no se ha repetido que iba á comenzar la construccion de las tan anunciadas barriadas destinadas á los pobres? Pues sin embargo de tan repetidos anuncios, en proyecto están todavía; y cuenta que ese es, sin disputa, uno de los puntos más capitales, porque las verdaderas chozas en que la clase proletaria habita, como mil veces hemos repetido, es el más seguro é infalible vehículo de todo fatal contagio y destructora epidemia.

Y, ¿qué podremos decir de los comestibles y bebidas que á ciencia y paciencia de los agentes de la autoridad públicamente se expenden?

Todos los días ocurren terribles y violentos cólicos originados por la leche que en Madrid se vende, y que solo el color tiene de aquel líquido.

La carne en estado de putrefaccion no escasea por los barrios bajos, lo mismo que por los altos; y el que dispone de cortísimos haberes en estos aciagos tiempos de general miseria, corre en busca del género barato, sin comprender que trueca su escaso dinero por el veneno que, más ó ménos lentamente, vá minando su existencia.

¿Por qué no se vigila, y se decomisa, y se queman la mitad, por lo ménos, de los comestibles que en Madrid se expenden, y se manda á poblar los presidios de Africa á los que á sabiendas asesinan al prójimo por el afán de enriquecer?

Juzgue el mundo como quiera: nosotros viviremos siempre apegados á nuestras antiguas creencias, abogando por el triunfo de la higiene y pugnando por el no ménos importante de la moral.

¡Higiene y moralidad!

Hé aquí el necesario triunfo de los pueblos, para que el tífus desaparezca, ó á ménos se amengüe y cese de hacer tan horribles estragos.

El tífus viene de la falta de *aseo*, tanto como de la *desmoralizacion*.

Por eso sin que la *higiene* y la *moralidad* se cumplan, los goces del tífus no desaparecerán.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

ADVERTENCIA.

Por un error involuntario, dimos equivocada la explicación del figurín 1329, que acompañaba al número del 18 de Setiembre último, la cual es como sigue:

FIG. 1.^a Traje para jovencita.— Vestido de tafe-tan habana claro, guarnecido de encajes blancos y lazos y solapas de seda azul. El cuerpo-blusa se hace sin pinzas de pecho, y la falda, guarnecida de un volante plisé, va drapeada graciosamente en el costado. Cinturón azul, camiseta y mangas de encaje.

FIG. 2.^a Traje para paseo.— Vestido de faya azul claro, adornado de seda á rayas, azul y verde oliva. Su falda va tableada de arriba abajo, y la túnica recogida por atrás muy arriba. Cuerpo-coraza rodeado de bieses y guarnecido con lazos. Sombrero de faya marrón, con echarpe de gasa azul y verde oliva.

Explicación del figurín 1330, que acompaña al presente número.

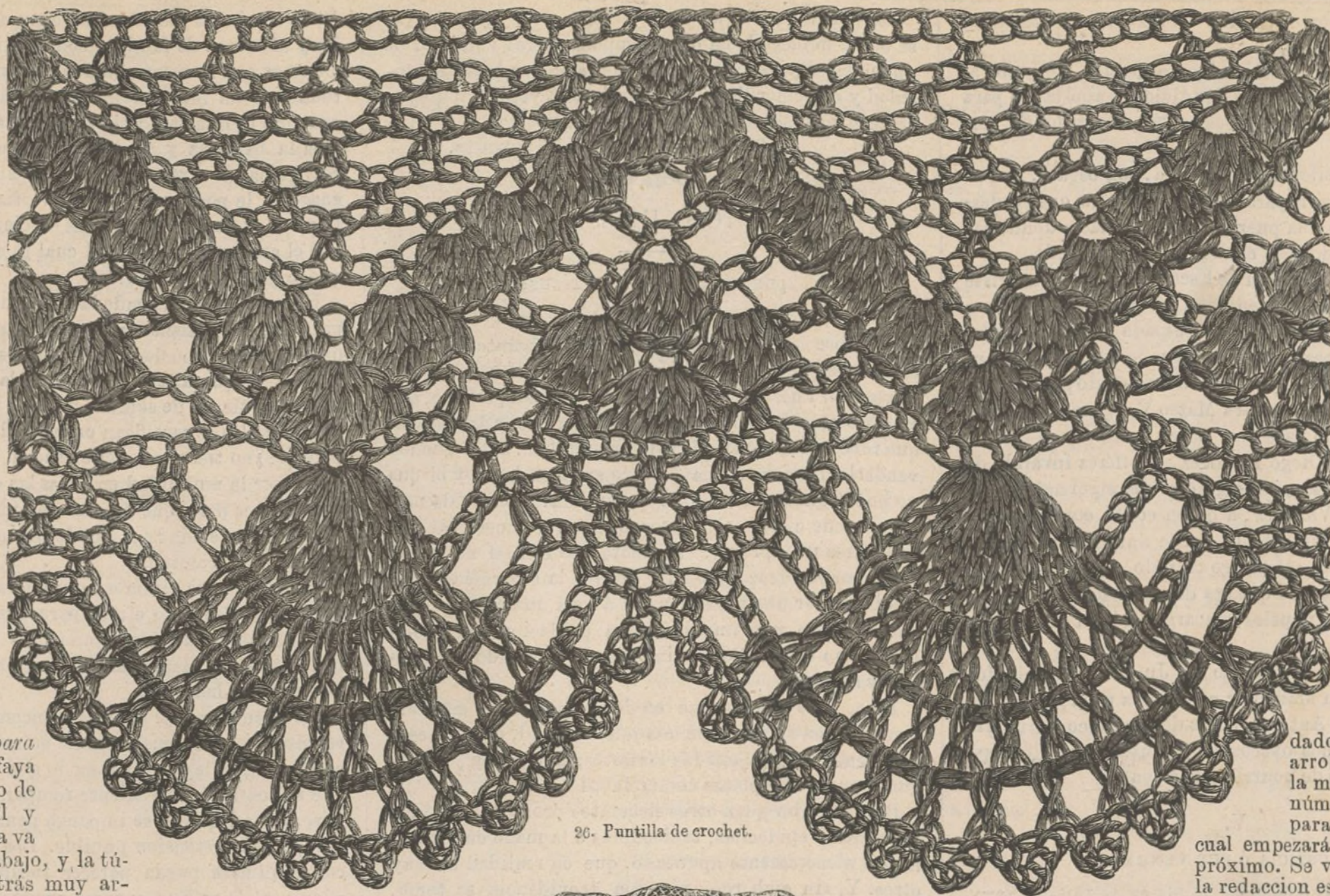
FIG. 1.^a Traje de amazona para ir á la caza.— Falda lisa por delante, de paño azul violado; chaleco de piqué ó raso blan-

co; frac cruzado con grandes solapas y cuello de chal, que deja ver el del chaleco; puños mosqueteros de piqué ó raso blanco.

El frac se prolonga por atrás en faldones muy largos, y lleva botones grandes. Sombrero Luis trece de fieltro gris, con plumas y pedrería. Si se quiere utilizar este traje para paseo dentro de la ciudad, se reemplazará el chaleco escotado en chal por uno alto, de

terciopelo negro, y sombrero negro de fieltro.

FIG. 2.^a Traje para paseo.— Vestido de lana belga á rayas, guarnecido con plisés y ribetes de gros-grain marrón. De debajo de la aldea sale un lazo, cuyas caídas descienden sobre la túnica drapeada en el costado derecho.



26. Puntilla de crochet.



27. Canastilla-joyero cubierta de encaje irlandés.



29. Cuello vuelto: crochet y trencilla.



32. Canastilla pouf para la labor con cubierta bordada. (Véase el núm. 33.)



28. Cuello de encaje irlandés. Dibujo pliego del 18 por el derecho, fig. 35.

OBRAS

DE DOÑA ÁNGELA GRASSI

que se hallan de venta en esta Administración.

Las riquezas del alma, obra premiada por la Academia Española. Dos tomos: 8 reales en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua,



33. Cenefa bordada para la canastilla pouf núm. 32.



31. Detalle del cuello grab. 29 bordado, á la cruz sobre batista.)

obra premiada por aclamación en el concurso *Jesus Rodriguez Cao*. Un tomo: 4 rs.

El que no siembra no coge, novela de costumbres: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El copo de nieve. Un tomo 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1.330.

Editor-proprietario, Gárlas Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

Administración: Montera, 11, Madrid.